

La cara oculta del sistema agroalimentario mundial

Esther Vivas*

La alimentación no es hoy un derecho garantizado. El creciente monopolio del sector agroalimentario desde la producción en origen hasta su distribución final supedita la necesidad de comer al lucro económico. Unas pocas empresas transnacionales controlan de origen a fin la cadena alimentaria frente a la pasividad de gobiernos y organizaciones internacionales.

Actualmente, el sistema alimentario ya no responde a las necesidades alimenticias de las personas, ni a la producción sostenible basada en el respeto al medio ambiente, sino que se trata de un modelo enraizado en una lógica capitalista: de búsqueda del máximo beneficio, de optimización de costes y de explotación de la mano de obra en cada uno sus tramos productivos. Aquellos bienes comunes como el agua, las semillas, la tierra..., que durante siglos habían pertenecido a las comunidades, han sido privatizados, expoliados de manos de los pueblos y convertidos en moneda de cambio a merced del mejor postor.

* Esther Vivas es miembro del Centro de Estudios sobre Movimientos Sociales en la Universidad Pompeu Fabra en Barcelona, trabaja en la Red de Consumo Solidario y es autora de *En pie contra la deuda externa* (El Viejo Topo, 2008), coautora, junto a JM Antentas, de *Resistencias globales* (Popular, 2009) y coautora, junto a X. Montagut, de *Del campo al plato* (Icaria, 2009), *Supermercados, no gracias* (Icaria, 2007) y *¿Adónde va el comercio justo?* (Icaria, 2006).

Si no pagas, no comes.

La situación de crisis alimentaria, que estalló en los años 2007 y 2008, con un fuerte aumento del precio de los alimentos básicos puso de relieve la extrema vulnerabilidad del modelo agrícola y alimentario actual. Una crisis alimentaria que dejó tras sí a más de mil millones de hambrientos, según la Organización de Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO).

Como indica el índice de precios de los alimentos de la FAO, éstos registraron, entre 2005 y 2006, un aumento del 12%; al año siguiente, en 2007, un crecimiento del 24%; y entre enero y julio de 2008 una subida de cerca del 50%. Los cereales y otros alimentos básicos (trigo, soja, aceites vegetales, arroz...) fueron los que sufrieron los aumentos más importantes. El coste del trigo subió un 130%, la soja un 87%, el arroz un 74% y el maíz un 31%¹ (Holt-Giménez y Peabody, 2008).

Pero el problema no es la falta de alimentos, sino la imposibilidad para acceder a los mismos. La producción de cereales a nivel mundial se ha triplicado desde los años 60, mientras que la población a escala global tan solo se ha duplicado (GRAIN, 2008a). Nunca en la historia se había producido tanta comida como ahora. Pero para los millones de personas en los países del Sur global que destinan entre un 50 y un 60% de la renta a la compra de alimentos, cifra que puede llegar incluso hasta el 80% en los países más pobres, el aumento del precio de la comida ha hecho imposible su acceso a la misma.

Por qué ahora

Hay dos razones coyunturales principales que explican este aumento espectacular de los precios en los últimos años y que han sido determinantes a la hora de provocar esta subida: el aumento del precio del petróleo, que habría repercutido directa o indirectamente, y las crecientes inversiones especulativas en materias primas. Ambos factores han acabado por desequilibrar un sistema agroalimentario extremadamente frágil.

¹ Según datos de marzo de 2008 y en relación con el año anterior.

El aumento del precio del petróleo, que se duplicó en el transcurso de los años 2007 y 2008 y que provocó una fuerte subida de los precios de los fertilizantes y del transporte relacionado con el sistema alimentario, tuvo como consecuencia una creciente inversión en la producción de combustibles alternativos como aquellos de origen vegetal. Gobiernos como el de Estados Unidos, Unión Europea, Brasil y otros subvencionaron la producción de agrocombustibles como una alternativa a la escasez de petróleo y al calentamiento global. Pero esta producción de combustible verde entró en competencia directa con la producción de alimentos.

En abril de 2008, la FAO reconocía que «a corto plazo, es muy probable que la expansión rápida de combustibles verdes, a nivel mundial, tenga efectos importantes en la agricultura de América Latina» (Reuters, 15/04/08). El desvío del 5% de la producción de cereales en el mundo a la producción de agrocombustibles repercutió de forma directa en el incremento del precio de los granos. En la medida en que cereales como el maíz, el trigo, la soja o la remolacha fueron desviados a la producción de agrocombustibles, la oferta de cereales en el mercado cayó y, consecuentemente, su precio aumentó.

Según el Departamento de Agricultura de Estados Unidos, los agrocombustibles generaron un aumento del precio de los granos de entre el 5 y el 20%; el Instituto Internacional de Investigación en Políticas Alimentarias de Estados Unidos (IFPRI en sus siglas en inglés) consideraba que esta cifra rondaba el 30% y un informe filtrado del Banco Mundial afirmaba que la producción de agrocombustibles habría repercutido en un aumento del 75% del precio de los granos (Holt-Giménez, 2008).

Otra causa coyuntural fue la creciente inversión especulativa en materias primas, después del crack de los mercados puntocom e inmobiliarios. Tras el desplome del mercado de créditos hipotecarios de alto riesgo en Estados Unidos, inversores institucionales (bancos, compañías de seguros, fondos de inversión...) y otros buscaron lugares más seguros y con mayor rentabilidad donde invertir su dinero. En la medida en que el precio de los alimentos subió, dirigieron su capital al mercado de futuros alimentario

empujando el precio de los granos al alza y empeorando aún más la inflación en el precio de la comida (Holt-Giménez, 2008).

En la actualidad, se calcula que una parte significativa de la inversión financiera en el sector agrícola tiene carácter especulativo. Según los datos más conservadores, esta cifra ascendería a un 55% del total, un volumen que aumenta en la medida en que se profundiza en la liberalización de la producción agrícola (García, 2008a).

Causas de fondo

Más allá de estos elementos coyunturales, hay causas de fondo que explican el porqué de la profunda crisis alimentaria. Las políticas neoliberales aplicadas indiscriminadamente en el transcurso de los últimos treinta años (liberalización comercial a ultranza, el pago de la deuda externa de los países del Sur, privatización de los servicios y bienes públicos...) así como un modelo de agricultura y alimentación al servicio de una lógica capitalista son las principales responsables de esta situación. Nos encontramos ante un sistema alimentario global extremadamente vulnerable a las crisis económicas, ecológicas y sociales.

Como señala Eric Holt-Giménez (2008), las políticas de «desarrollo» económico impulsadas por los países del Norte desde los años 60 en adelante (la revolución verde, los Programas de Ajuste Estructural, los tratados regionales de libre comercio, la Organización Mundial de Comercio y los subsidios agrícolas en el Norte) han generado la destrucción de los sistemas alimentarios.

Entre los años 60 y 90, se llevó a cabo la denominada «revolución verde», promovida por diversos centros de investigación agrícola e instituciones internacionales, con el «teórico» objetivo de modernizar la agricultura en los países no industrializados. Los primeros resultados en México y, posteriormente, en el sur y sudeste asiático fueron espectaculares desde el punto de vista de la producción por hectárea, pero este aumento del rendimiento de la tierra no tuvo un impacto directo en la disminución del hambre en el mundo. Así, aunque la producción agrícola mundial aumentó en un 11%, el número de personas hambrientas en el mundo tam-

bién ascendió en un 11%, pasando de los 536 millones a los 597 (Riechmann, 2003)².

Como señalan Rosset, Collins y Moore Lappé (2000): «El incremento de la producción, centro de la revolución verde, no alcanza para aliviar el hambre porque no altera el esquema de concentración del poder económico, del acceso a la tierra o del poder adquisitivo (...) La cantidad de personas que pasan hambre se puede reducir sólo redistribuyendo el poder adquisitivo y los recursos entre quienes están desnutridos (...) Si los pobres no tienen dinero para comprar alimentos, el aumento de la producción no servirá de nada».

La revolución verde tuvo consecuencias colaterales negativas para muchos campesinos medios y pobres y para la seguridad alimentaria a largo plazo. Este proceso aumentó el poder de las corporaciones agroindustriales en toda la cadena productiva, provocó la pérdida del 90% de la agro y la biodiversidad, redujo masivamente el nivel freático, aumentó la salinización y la erosión del suelo, desplazó a millones de agricultores del campo a las ciudades miseria... desmantelando los sistemas agrícolas y alimentarios tradicionales garantes de la seguridad alimentaria.

A lo largo de los años 80 y 90, la aplicación sistemática de los Programas de Ajuste Estructural (PAE)³ en los países del Sur por parte del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, para que éstos pudieran hacer frente al pago de la deuda externa, agravó aún más las ya de por sí difíciles condiciones de vida de la mayor parte de la población en estos países. Los PAE tenían como

² Si miramos a las cifras podría parecer que los resultados de la revolución verde, en el período de 1970 a 1990, fueron exitosos. El total de alimentos per cápita a nivel mundial aumentó, según la FAO, en un 11% y el número de hambrientos descendió también en un 11%. Pero si quitamos de este análisis global a China, que en ese período no llevó a cabo ninguna revolución verde sino una profunda reforma agraria, entonces los resultados ponen de relieve cómo, a pesar de la tan cacareada revolución verde, en estos años, el número de personas hambrientas pasó de 536 millones a 597, un incremento del 11%, según la FAO (Riechmann, 2003).

³ Los Programas de Ajuste Estructural (PAE) son las condiciones impuestas por parte del FMI y/o el Banco Mundial a un país para otorgarle el respaldo financiero necesario para afrontar el pago de su deuda externa.

objetivo principal supeditar la economía del país al pago de la deuda aplicando la máxima de «exportar más y gastar menos».

Las medidas de choque impuestas por los PAE consistieron en forzar a los gobiernos del Sur a retirar las subvenciones a los productos de primera necesidad como el pan, el arroz, la leche, el azúcar...; se impuso una reducción drástica del gasto público en educación, sanidad, vivienda, infraestructuras...; se forzó la devaluación de la moneda nacional, con el objetivo de abaratar los productos destinados a la exportación pero disminuyendo la capacidad de compra de la población autóctona; aumentaron los tipos de interés con el objetivo de atraer capitales extranjeros con una alta remuneración, generando una espiral especulativa... En definitiva, una serie de medidas que sumieron en la pobreza más extrema a las poblaciones de estos países (Vivas, 2008a).

A nivel comercial, los PAE promovieron las exportaciones, para conseguir mayores divisas, aumentando los monocultivos de exportación y reduciendo la agricultura destinada a la alimentación local con el consiguiente impacto negativo en la seguridad alimentaria y su dependencia respecto a los mercados internacionales. De este modo, se suprimieron las barreras aduaneras, facilitando la entrada de productos altamente subvencionados de Estados Unidos y de Europa que se vendían por debajo de su precio de coste, a un precio inferior al de los productos locales, y que acabaron con la producción y la agricultura autóctona; así mismo se abrieron totalmente sus economías a las inversiones, a los productos y a los servicios de las multinacionales. Las privatizaciones masivas de empresas públicas, muchas veces a precio de saldo y de las que se beneficiaron mayoritariamente las multinacionales del Norte, fueron una práctica generalizada. Estas políticas tuvieron un impacto directo en la producción agrícola local y en la seguridad alimentaria, dejando a estos países a merced del mercado, de los intereses de las corporaciones transnacionales y de las instituciones internacionales promotoras de estas políticas.

La Organización Mundial de Comercio (OMC), establecida en 1995, consolidó las políticas de los Programas de Ajuste Estructural a través de tratados internacionales, supeditando las le-

yes nacionales a sus designios. Los acuerdos comerciales administrados por la OMC como el Acuerdo General sobre Comercio y Aranceles (GATT en sus siglas en inglés), el Acuerdo General sobre el Comercio de Servicios (GATS en sus siglas en inglés) y el Acuerdo sobre Comercio de Propiedad Intelectual (TRIPs en sus siglas en inglés) consolidaron aun más el control de los países del Norte sobre las economías del Sur.

Las políticas de la OMC forzaron a los países en desarrollo a eliminar sus aranceles a las importaciones, acabar con protecciones y subsidios a los pequeños productores y abrir sus fronteras a los productos de las corporaciones transnacionales, mientras que los mercados del Norte se mantenían altamente protegidos. En la misma dirección, los tratados regionales como el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA en sus siglas en inglés) y el Tratado de Libre Comercio entre Estados Unidos, Centroamérica y República Dominicana (CAFTA en sus siglas en inglés), entre otros, profundizaron en la liberalización comercial, llevando a la quiebra a los campesinos del Sur y convirtiéndoles en dependientes de las importaciones de alimentos de los países del Norte.

Los subsidios agrícolas estadounidenses y europeos, dirigidos mayoritariamente a la industria agroalimentaria, obvian al pequeño productor local. Este apoyo al *agribusiness* significa una cuarta parte del valor de la producción agrícola en Estados Unidos y el 40% en la Unión Europea (Holt-Giménez, 2008). En el Estado español, los principales receptores de estas ayudas son las explotaciones más grandes: siete productores, entre ellos la duquesa de Alba, son los mayores beneficiarios de la Política Agraria Común de la Unión Europea. Se calcula que un 3,2% de los grandes productores del Estado español reciben un 40% de estas ayudas directas (Intermón Oxfam, 2005), mientras que las explotaciones familiares, que sostienen el medio rural en Europa y millones de campesinos en el Sur, no cuentan prácticamente con ningún apoyo y padecen la competencia desleal de estos productos altamente subvencionados.

De exportadores a importadores

Estas políticas de «desarrollo» económico impulsadas por las instituciones internacionales, con el beneplácito de los gobiernos respectivos y al servicio de sus corporaciones transnacionales, han acabado con un sistema de producción de alimentos local y sostenible, sustituyéndolo por un modelo de producción industrial e intensivo supeditado a los intereses capitalistas que nos ha conducido a la actual situación de crisis e inseguridad alimentaria.

Países del Sur que hasta hace unos cuarenta años eran autosuficientes e incluso tenían excedentes de productos agrícolas por valor de mil millones de dólares, hoy se han vuelto totalmente dependientes del mercado internacional e importan una media de once mil millones de comida anuales⁴. Como señala Eric Holt-Giménez (2008): «El incremento del déficit de alimentos en el Sur refleja el aumento de excedentes de alimentos y la expansión del mercado en el Norte industrial» así como de su complejo agro-industrial. En los años 60, por ejemplo, África exportaba unos 1.300 millones de dólares en comida, hoy el continente importa el 25% de sus alimentos.

Haití: un caso de manual

El caso de Haití es revelador. Como señala Bill Quigley (2008), hace treinta años, este país producía todo el arroz que necesitaba para alimentar a su población, pero a mediados de los años 80, frente a una situación de crisis económica aguda (cuando el dictador haitiano Jean Claude «Baby Doc» Duvalier abandonó el país vaciando sus arcas), se tuvo que endeudar con el Fondo Monetario Internacional. Empezaba aquí una espiral de «dominación» que sumiría al país en la más profunda de las dependencias política y económica respecto a las instituciones financieras internacionales y, en especial, en relación con Estados Unidos.

Para obtener estos préstamos, Haití se vio obligado a aplicar una serie de políticas de ajuste estructural como la liberalización comercial y la reducción de los aranceles que protegían la pro-

⁴ Datos del año 2001 (Holt-Giménez, 2008).

ducción de varios de sus cultivos, entre ellos el arroz. Esta apertura permitió la entrada indiscriminada de arroz subvencionado de Estados Unidos que se vendía muy por debajo del precio al que los agricultores locales podían producirlo. Como explica Bill Quigley (2008) citando al cura haitiano Gerard Jean-Juste: «En la década de los 80, el arroz importado se vendía en el país a un precio muy por debajo del coste al que nuestros agricultores podían producirlo. Éstos perdieron sus trabajos y huyeron a las ciudades. Después de unos pocos años de arroz barato importado, la producción local cayó estrepitosamente». Un hecho que hundió en la más absoluta miseria a los campesinos haitianos quienes, ante la imposibilidad de poder competir con este arroz, abandonaron sus cultivos. Hoy, Haití se ha convertido en uno de los principales importadores de arroz estadounidense.

En consecuencia, cuando en Haití, en abril de 2008, el precio del arroz, de los frijoles y de la fruta subió más de un 50%, esto hizo imposible su acceso a la mayor parte de la población. Varios días de revueltas en el país más pobre de América Latina, donde la dieta de un adulto consiste en ingerir 1.640 calorías (640 menos que la media necesaria según el Programa Mundial de Alimentos de la ONU), pusieron de relieve la amplitud de la tragedia. Frente a la imposibilidad de poder comprar comida, se extendió el consumo de tortillas de barro con sal.

¿Qué interés podía tener Estados Unidos en el mercado de arroz haitiano cuando éste es el país más pobre de América Latina? En Haití, alrededor del 78% de su población malvive con menos de dos dólares al día y más de la mitad lo hace con menos de un dólar diario, la esperanza de vida es de 59 años. Pero, según datos del Departamento de Agricultura de Estados Unidos, en 2008, Haití fue el tercer mayor importador de arroz estadounidense, un cultivo altamente subvencionado por el gobierno norteamericano al que se destinan mil millones de dólares anuales. Y, ¿quiénes son los beneficiarios? Entre 1995 y 2006, por ejemplo, un solo productor, Riceland Foods Inc., recibió unos 500 millones de dólares en subsidios. Y no sólo esto, las subvenciones al arroz en Estados Unidos llegan a tal extremo que, según publicó *The Washington*

Post en 2006, su gobierno había pagado al menos 1,3 mil millones dólares en subsidios desde 2000 a individuos que jamás habían cultivado nada, incluyendo 490.000 dólares a un cirujano de Houston que había comprado un terreno cerca de esa localidad en el que alguna vez se había cultivado arroz (Quigley, 2008). En lo que respecta a los aranceles, Estados Unidos establece unas barreras arancelarias directas del 3% al 24% a las importaciones de arroz, exactamente las mismas protecciones que éste exigió a Haití eliminar en la década de los años 80 y 90.

Pero el caso de Haití es extrapolable a muchos otros países del Sur, donde la aplicación sistemática de las políticas neoliberales a lo largo de estos últimos años ha acabado no sólo con un sistema de producción agrícola, ganadero y alimentario autóctono sino con cualquier tipo de protección y apoyo a sus comunidades, industrias y servicios públicos. La lógica del libre mercado ha condenado a estos países a una espiral de dominación y miseria.

Y aquí... adiós al campesinado

Las consecuencias de la crisis alimentaria mundial tienen su eco en los países del Norte. En el transcurso de 2008, campesinos, pescadores, transportistas, ganaderos... tomaban las calles debido al aumento del coste de los carburantes, de las materias primas y para pedir una remuneración justa para sus productos, mientras los precios de los alimentos no paraban de crecer.

Es obvio que los efectos de la crisis alimentaria en ambos extremos del planeta son difícilmente comparables. En el Norte, tan sólo destinamos entre uno 10 y un 20% de la renta a la compra de alimentos, mientras que en el Sur esta cifra se eleva al 50-60% y puede llegar incluso hasta el 80%. Pero esto no quita la importancia de señalar el impacto que este aumento de los precios tiene aquí, mientras los beneficios de las multinacionales siguen aumentando y los gobiernos defienden una mayor liberalización económica.

La situación en el campo empeora día tras día. En los diez últimos años, en el Estado español han desaparecido casi diez explotaciones agrarias al día y la población campesina activa se ha

reducido al 5,6% del total, siendo mayoritariamente gente mayor. Con estas cifras, en los próximos quince años, el Estado español tendrá que importar el 80% de los alimentos necesarios para alimentar a su población (Fundació Terra, 2006). La renta agraria no ha parado de disminuir, situándose hoy en un 65% de la renta general. No sorprende cuando, por ejemplo, el Índice de Precios al Consumo subió un 4,2%, en 2005, mientras que los precios de venta de los productos agrícolas disminuyeron. Una tendencia que se repite años tras año (García, 2007). Los precios en origen de los productos agrícolas han llegado a multiplicarse hasta por once en destino y se calcula que más del 60% del beneficio final del precio del producto se concentra en el último tramo de la cadena, el supermercado (COAG, 2007).

¿Quién sale ganando?

La crisis alimentaria beneficia a las multinacionales que monopolizan cada uno de los eslabones de la cadena de producción, transformación y distribución de los alimentos. No en vano los beneficios económicos de las principales multinacionales de las semillas, de los fertilizantes, de la comercialización y transformación de comida y de las cadenas de la distribución al detalle no han parado de aumentar. Se trata de un complejo agro-industrial mundial que se ha venido construyendo durante medio siglo, apoyado por fondos públicos, cooperación internacional y por políticas de «desarrollo» agrícola internacional.

En 2007, las principales compañías de semillas, Monsanto y Du Pont, declararon un aumento de sus beneficios del 44% y del 19% respectivamente en relación con el año anterior. Las mayores empresas de fertilizantes, Potash Corp, Yara y Sinochem vieron crecer sus beneficios en un 72%, 44% y 95% respectivamente entre el período 2007 y 2006. Lo mismo sucedió con las principales procesadoras de alimentos como Nestlé con un aumento del 7% de sus ganancias en ese mismo período. La gran distribución comercial tampoco se quedó al margen. La principal cadena de supermercados en Gran Bretaña, Tesco, declaró un aumento del 12,3% de sus beneficios en esos años, mientras que Carrefour y

Wal-Mart señalaban cómo las ventas de alimentos significaban su principal fuente de ingresos (GRAIN, 2008a; Vivas, 2008b). El informe anual de los supermercados estadounidenses Safeway, de 2007, apuntaba en la misma dirección señalando que su ingreso neto subió un 15,7% entre 2006 y 2007.

La clave reside en la práctica de estas multinacionales: vender grandes volúmenes con márgenes pequeños y proveerse directamente de los productores. El aumento del precio de los cereales desencadenó, citando a GRAIN (2008b), «una fiebre en el mundo de los grandes negocios para tener un mayor control en toda la cadena alimentaria». Las multinacionales del *agribusiness* y las compañías de distribución al detalle profundizaron su control a lo largo de la cadena productiva, especialmente, a través de la contratación directa de la producción agrícola, con el objetivo de reducir los costes de contratación y las prestaciones de garantía.

El conjunto de la cadena agroalimentaria está sometida, en todo su recorrido, a una alta concentración empresarial. En 2007, el valor agregado de las fusiones y de las adquisiciones de la industria mundial de alimentos (incluyendo a fabricantes, distribuidores y vendedores) fue aproximadamente de 200 mil millones de dólares, el doble que en 2005. Estas fusiones reflejan la tendencia mundial al alza en la creación de monopolios en la industria de los alimentos (ETC Group, 2008).

Si empezamos por el primero de los tramos de la cadena, las semillas, observamos cómo diez de las mayores compañías mundiales (Monsanto, Dupont, Syngenta, Bayer...) controlan la mitad de sus ventas. Se trata de un mercado con un valor aproximado de 21 mil millones de dólares anuales, un sector relativamente pequeño si lo comparamos con el de los pesticidas o el farmacéutico (ETC Group, 2005a), pero debemos de tener en cuenta que se trata del primer eslabón de la cadena agroalimentaria y, en consecuencia, de los riesgos que su control entraña para la seguridad alimentaria de las personas. Las leyes de propiedad intelectual, que dan a las compañías derechos exclusivos sobre las semillas, han estimulado aún más la concentración empresarial y han erosionado de base el derecho campesino al mantenimiento de las semillas autóctonas y la biodiversidad. De hecho, el 82% del mer-

cado de semillas comerciales en todo el mundo está compuesto por semillas patentadas (sujetas a monopolios exclusivos como el de la propiedad intelectual) (ETC Group, 2008).

La industria de las semillas está íntimamente ligada a la de los plaguicidas. Las mayores compañías semilleras dominan también el sector de los plaguicidas y, frecuentemente, el desarrollo y comercialización de ambos productos se realizan juntos. Pero en la industria de los plaguicidas el monopolio es aún superior y las diez mayores firmas controlan el 84% del mercado global (ETC Group, 2005b). Las fusiones y las adquisiciones por parte de las compañías acaban siendo una práctica habitual con el objetivo de conseguir la economía de escala óptima para competir en el mercado mundial. Los acuerdos de tipo «cártel tecnológico», por ejemplo, van en aumento. En 2007, como señala ETC Group (2008), la principal compañía de semillas y la mayor empresa química del mundo, Monsanto y BASF, emprendieron un acuerdo de colaboración en investigación y desarrollo para aumentar el rendimiento y la tolerancia a la sequía en el maíz, el algodón, la canola y la soya. Estos acuerdos permitieron a las empresas todos los beneficios de los mercados oligopólicos sin las restricciones antimonopólicas.

Esta misma dinámica, se observa en el sector de la gran distribución que cuenta con una alta concentración empresarial. En Europa, entre los años 1987 y 2005, la cuota de mercado de las diez mayores multinacionales ha ido en aumento, situándose en la actualidad en un 45% del total, y se pronostica que ésta podría llegar a un 75% en los próximos 10-15 años (IDEAS, 2006). En países como Suecia, tres cadenas de supermercados controlan alrededor del 95,1% de la cuota de mercado; y en países como Dinamarca, Bélgica, Estado español, Francia, Holanda, Gran Bretaña y Argentina, unas pocas empresas dominan entre el 60% y el 45% del total⁵ (García y Rivera, 2007).

Este conjunto de multinacionales que controlan cada uno de los tramos de la cadena agroalimentaria cuentan con el apoyo explícito de las élites políticas y de las instituciones internacionales

⁵ Algunas de estas cifras han sufrido cambios desde el año 2000.

que anteponen los beneficios de estas empresas a las necesidades alimenticias de las personas y el respeto al medio ambiente. Unas corporaciones que consiguen grandes beneficios gracias a un modelo agroindustrial liberalizado y desregularizado.

Falsas soluciones

Instituciones internacionales como el Banco Mundial, OMC, FMI, FAO así como la Alianza por la Revolución Verde en África, el gobierno de Estados Unidos, Unión Europea y las grandes multinacionales del sector... señalan que la causa de la crisis alimentaria mundial reside en la falta de producción de alimentos. El número dos de la FAO, José María Sumpsi lo dejaba bien claro al afirmar que se trataba de un problema de oferta y demanda debido al aumento del consumo en países emergentes como India, China o Brasil (El País, 21/04/08). En la misma línea, se posicionaba el secretario general de la ONU, Ban Ki-Moon, en el transcurso de la Cumbre de Alto Nivel sobre Seguridad Alimentaria de la FAO celebrada en Roma en junio de 2008, al señalar que era necesario aumentar en un 50% la producción de alimentos, a la vez que rechazaba las limitaciones impuestas a la exportación por parte de algunos países afectados por la crisis. Las «soluciones» que recomiendan estos organismos son las causas de la crisis alimentaria actual: mayor liberalización del comercio internacional agrícola, introducción de más paquetes tecnológicos y transgénicos, etc.

Como señalaba Eric Holt-Giménez (2008): «Estas medidas simplemente fortalecen al *status quo* corporativo que controla el sistema alimentario». La solución no puede ser más libre comercio porque como se ha demostrado más libre comercio implica más hambre y menor acceso a los alimentos. No se puede argumentar que el problema hoy es la falta de comida, nunca en la historia se había dado una mayor producción de alimentos en el mundo. No hay una crisis de producción, sino una total imposibilidad para acceder a los mismos por parte de amplias capas de población que no pueden pagar los precios actuales.

Crisis sistémica del capitalismo

La aguda situación de escasez de alimentos se enmarca en un contexto de crisis sistémica del capitalismo con múltiples facetas: económica, ecológica, social, alimentaria, energética... El capitalismo ha demostrado su incapacidad para satisfacer las necesidades básicas de la mayor parte de la población mundial (acceso a la comida, a una vivienda digna, a unos servicios educativos y sanitarios públicos y de calidad) así como su total incompatibilidad con el mantenimiento del ecosistema (pérdida creciente de bio y agrobiodiversidad, avance del cambio climático) (Antentas y Vivas, 2008). Esto tiene su cara más dramática en los países del Sur, que han sido golpeados duramente por la crisis alimentaria, agravando la situación de pobreza estructural que éstos padecían desde hacía décadas.

Es evidente que lo que hace poco más de quince años se presentaba como una ideología triunfante y victoriosa, como la única posible, en un período de tiempo relativamente corto ha sufrido una crisis de credibilidad y de legitimidad muy grande. Pero aún así, las políticas neoliberales continúan y se intensifican en un marco de competencia global interimperialista y de tensión entre éstos y las nuevas potencias emergentes como China e India.

En la situación de crisis ecológica y social actual confluyen, según Riechmann (2008), tres fenómenos de grandes dimensiones: a) una crisis climática antropogénica, creada por los seres humanos, y como consecuencia de los gases de efecto invernadero. b) una crisis energética, debido a nuestra dependencia de los combustibles fósiles, que hoy se acercan de manera dramática a su fin; una dinámica que próximamente afectará también al gas natural y al carbón (Fernández Durán, 2008) c) una crisis de biodiversidad, con la desaparición de especies animales y vegetales y la degradación de los ecosistemas, que nos podría conducir a una «sexta megaextinción», las anteriores se produjeron por perturbaciones de la biosfera de carácter externo y condujeron a una casi desaparición de la vida sobre el planeta, mientras que ésta sería resultado de la actividad humana. Una situación que se debe a la muy mala inserción de los sistemas humanos en los sistemas naturales.

Generando cambio climático

El actual modelo de producción agrícola y ganadero industrial contribuye a profundizar en la crisis ecológica global con un impacto directo en la generación de cambio climático. Como señala el informe Stern (2006), la agroindustria es una de las principales fuentes de generación de gases de efecto invernadero, incluso por delante del sector energético y del transporte. Como indica García (2008b), en base el informe Stern, si tomamos el impacto de la deforestación (que genera un 18% de los gases de efecto invernadero) y el impacto del modelo agrícola y ganadero actual (que produce un 14% de estos gases), ambos conceptos sumados son responsables de un 32% de los gases de efecto invernadero. Una cifra que puede atribuirse sin lugar a dudas al modelo de agricultura intensiva e industrial que sería la primera responsable del cambio climático a escala global, por delante del sector energético (24%) y del transporte (14%). Estos datos ponen de relieve el fuerte impacto del actual modelo agrícola en la erosión del medio ambiente y su contribución a la crisis ecológica.

No podemos olvidar los elementos que caracterizan a este sistema de producción de alimentos: intensivo, industrial, kilométrico, petrodependiente... Veámoslo en detalle. Intensivo porque lleva a cabo una sobre-explotación de los suelos y de los recursos naturales que acaba generando la liberación de gases de efecto invernadero por parte de bosques, campos de cultivo y pastos. Al anteponer la productividad, por delante del cuidado del medio y la regeneración de la tierra, se rompe el equilibrio mediante el cual los suelos capturan y almacenan carbono, contribuyendo a la estabilidad climática. De este modo, se rompe este equilibrio y la propia actividad agrícola intensiva acaba siendo generadora de CO₂ (Robert, 2002).

Industrial porque consiste en un modelo de producción mecanizado, con uso de agroquímicos, monocultivo, etc. La utilización de tractores gigantes para labrar la tierra y procesar la comida contribuye sin duda a la liberación de más CO₂. Los fertilizantes químicos ineludibles en la agricultura y en la ganadería moderna generan una importante cantidad de óxido nitroso (NO₂),

una de las principales fuentes de emisión de gases de efecto invernadero. Al verterse estos fertilizantes sintéticos en la tierra, éstos reaccionan químicamente y se libera NO_2 (García, 2008b). Así mismo, la quema de bosques, selvas... para convertirlos en pastos o monocultivos acaba afectando gravemente a la biodiversidad y contribuye a la liberación masiva de carbono.

Kilométrico y petrodependiente porque se trata de una producción de mercancías deslocalizada en búsqueda de la mano de obra más barata y de la legislación medioambiental más laxa. Los alimentos que consumimos recorren miles de kilómetros antes de llegar a nuestra mesa con el consiguiente impacto medioambiental de los combustibles fósiles usados para su transporte. Se calcula que en la actualidad, la mayor parte de los alimentos viajan entre 2.500 y 4.000 kilómetros antes de ser consumidos, un 25% más que en 1980. Nos encontramos antes una situación totalmente insostenible donde, por ejemplo, la energía utilizada para mandar unas lechugas de Almería a Holanda es tres veces superior a la utilizada para cultivarlas (Fundació Terra, 2006).

Según el estudio británico *Eating oil: food supply in a changing climate* (Jones, 2001) una comida dominical típica británica realizada con fresas de California, brócoli de Guatemala, arándanos de Nueva Zelanda, ternera de Australia, patatas de Italia, habichuelas de Tailandia y zanahorias de Sudáfrica genera 650 veces más emisiones de carbono, debido al transporte, que si la misma comida hubiese sido realizada con alimentos cultivados localmente. Una práctica irracional, ya que muchos de los alimentos importados se producen a nivel local.

Este modelo de alimentación kilométrica y viajera, así como el alto uso de agroquímicos derivados del petróleo, implica una fuerte dependencia de los recursos fósiles. En consecuencia, en la medida en que el modelo productivo agrícola y ganadero industrial depende fuertemente del petróleo, la crisis alimentaria y la crisis energética están íntimamente relacionadas y las causas que han provocado la primera son también responsables de la segunda.

Crisis financiera y alimentos

En el transcurso de los años 2007 y 2008 estalló la mayor crisis financiera internacional desde 1929. La crisis de las hipotecas *subprime*, de mediados de 2007, fue uno de sus detonantes, que dio paso a caídas históricas de las bolsas en todo el mundo, numerosas quiebras financieras, constantes intervenciones de los bancos centrales, rescates sin precedentes por parte de los gobiernos, deterioro de la economía real... que significó la entrada en recesión de algunas de las economías más industrializadas del planeta. Como señala Toussaint (2008), «si no existiera la intervención masiva y concertada de los poderes públicos que se han lanzado al auxilio de los banqueros ladrones, la crisis actual ya habría adquirido mayores proporciones», y añade que «esta crisis económica y financiera, que ha golpeado a todo el planeta, afectará cada vez más a los países en desarrollo».

La crisis financiera y alimentaria son resultado de las mismas políticas de desregularización y se han complementado mutuamente. Esta liberalización de los mercados, aumentó la vulnerabilidad de los mismos. Con la crisis de las hipotecas de alto riesgo de 2007, los inversionistas comenzaron a buscar lugares más seguros donde invertir como productos agrícolas y petróleo. De este modo, provocaron el aumento del precio de los alimentos y de los suministros agrícolas, contribuyendo a la situación de crisis alimentaria y al alza de los precios de principios de 2008 (Holt-Giménez, 2008).

A pesar de que la crisis financiera y económica ha repercutido en una disminución de la especulación en materias primas y en consecuencia en una reducción de su precio, esto no ha tenido un impacto directo en el coste final de los alimentos. Según Eric Holt-Giménez⁶, la crisis económica agudiza la crisis alimentaria, ya nadie habla de crisis por falta de comida, los gobiernos e instituciones internacionales afirman que no se pueden destinar más re-

⁶ Declaraciones de Eric Holt-Giménez, director de Food First, en el marco de las jornadas sobre crisis alimentaria organizadas por la campaña No te comas el mundo en Barcelona, el 29/11/2008.

cursos económicos a paliar la situación de hambruna y el precio de los alimentos en los supermercados no disminuye, aunque éstos se ven empujados a potenciar la venta de productos de bajo coste a través de las marcas blancas y otros mecanismos para no disminuir las ventas.

La crisis financiera y alimentaria han desencadenado, lo que GRAIN (2008c) ha denominado, un «nuevo ciclo mundial de apropiación de tierras». La situación de inseguridad alimentaria ha llevado a determinados gobiernos, como el de Arabia Saudita, Japón, Corea, Libia, Egipto, entre otros, que dependen de las importaciones de alimentos, a adquirir tierras agrícolas en distintos lugares del planeta con el objetivo de producir alimentos propios para el consumo interno. Se están comprando tierras en países como Camboya o Sudán, donde se vive una grave situación de crisis alimentaria. En Sudán, el Programa Mundial de Alimentos de la ONU intenta abastecer con comida a 5,6 millones de refugiados, mientras que en Camboya unas cien mil familias, medio millón de personas, carecen de alimentos. Pero estos gobiernos ven las ofertas de compra de tierra como una oportunidad económica y como una vía para obtener nuevas inversiones extranjeras.

Vistas las oportunidades de negocio, la industria agroalimentaria y los inversores privados han seguido una dinámica similar. La compra de tierras agrícolas es considerada como una opción estable de ingresos en una coyuntura de crisis económica. Citando a GRAIN (2008c): «En muchos lugares de todo el mundo los precios de los alimentos son altos y los precios de la tierra son bajos. Y la mayoría de las ‘soluciones’ a la crisis alimentaria hablan de extraerle más alimentos a la tierra con que contamos. Así que queda claro que va a ser negocio el tener el control de las mejores tierras, cerca de suministros de agua disponibles». En consecuencia, se está dando un proceso de creciente privatización y concentración de tierras agrícolas fértiles que amenaza aún más la seguridad alimentaria mundial.

Bibliografía

- Antentas, J.M. (2007) «Wal-Mart: impactos del gigante de la gran distribución y resistencias» en Montagut, X. y Vivas, E. *Supermercados, no gracias*, Barcelona, Icaria, pp. 155-167.
- Antentas, J.M. y Vivas, E. (2008) «Otra agenda frente la crisis» en *Público*, 15/11/2008.
- COAG (2007) *El poder de las grandes superficies en la cadena agroalimentaria*, Madrid, COAG.
- Davis, M. (2008) *Planeta de ciudades miseria*, Madrid, Akal.
- ETC Group (2005a) «Concentración de la industria global de semillas-2005» en *Communiqué*, nº 90.
- (2005b) *Oligopolio S.A. 2005* en: http://www.etcgroup.org/es/materiales/publicaciones.html?pub_id=43
- (2008) *¿De quién es la naturaleza?* en: http://www.etcgroup.org/es/materiales/publicaciones.html?pub_id=709
- Fernández Durán, R. (2008) *El crepúsculo de la era trágica del petróleo*, Barcelona, Virus.
- Fundació Terra (2006) «Seguretat alimentària» en *Perspectiva ambiental*, nº 36, pp. 1-32.
- García, A. (2007) «Precios en origen y precios en destino» en Montagut, X. y Vivas, E. *Supermercados, no gracias*, Barcelona, Icaria, pp. 65-69.
- García, F. y Rivera, M. (2007) «La revolución del supermercado: ¿producir alimentos para quién?» en Montagut, X. y Vivas, E. *Supermercados, no gracias*, Barcelona, Icaria, pp. 33-45.
- García, F. (2008a) *Especulandia. Introducción a la especulación alimentaria* en: http://www.noetmengiselmon.org/IMG/pdf/Especulandia_ACCD-2.pdf
- (2008b) *Cultivando el desastre* en <http://www.veterinarios sinfronteras.org/ProjectDocuments/Denuncia/6/Cultivando%20el%20desastre.pdf>
- GRAIN (2008a), *El negocio de matar de hambre* en: <http://www.grain.org/articles/?id=40>
- (2008b), «Ayuda en semillas, agroempresas y crisis alimentaria» en *Biodiversidad*, nº 58, pp. 3-7.

- (2008c) *¿Se adueñan de la tierra! El proceso de acaparamiento agrario por seguridad alimentaria y de negocios en 2008* en: <http://www.grain.org/briefings/?id=214>
- Holt-Giménez, E. (2008) *La crisis mundial de alimentos: que hay detrás y qué podemos hacer* en: <http://www.ircamericas.org/esp/5627>
- Holt-Giménez, E. y Peabody, L. (2008) *De rebeliones por comida a la soberanía alimentaria: llamado urgente para reparar el destruido sistema alimentario* en: <http://alainet.org/active/24201>
- IDEAS (2006) *La gran distribución: supermercados, hipermercados y cadenas de descuento* en: http://www.ideas.coop/archivos/documentos/B15_OCT_Grandesuperficies.pdf
- Intermón Oxfam (2005), *Goliat contra David* en: http://www.intermonoxfam.org/cms/HTML/espanol/520/dc170305_Goliat_%20contra_%20David%20.pdf
- Jones, A. (2001) *Eating oil: food supply in a changing climate*, Londres, Sustain.
- Quigley, B. (2008) *The US role in Haiti's food riots* en: <http://www.counterpunch.org/quigley04212008.html>
- Riechmann, J. (2003) *Cuidar la T(t)ierra*, Barcelona, Icaria.
- (2008) «Ahora menos que nunca podemos separar el problema ecológico de la cuestión social». Entrevista realizada por ECOS de CIP-Ecosocial en: <http://www.fuhem.es/media/ecosocial/File/Boletin%20ECOS/Boletin%201/Entrevista%20Jorge%20Riechmann%203ene08.pdf>
- Robert, M. (2002) *Captura de carbono en los suelos para un mejor manejo de la tierra* en: <ftp://ftp.fao.org/agl/agll/docs/wsr96s.pdf>
- Rosset, P., Collins, J., y Moore Lappé, F. (2000) «Lecciones de la Revolución Verde» en *Revista del Sur*, n° julio-agosto 2000.
- Stern, N. (2006) *Stern review: the economics of climate change* en: www.sternreview.org.uk
- Toussaint, É. (2008) *Interconexión de las crisis capitalistas* en: <http://www.cadtm.org/spip.php?article3799>
- Vivas, E. (2008a) *En pie contra la deuda externa*, Barcelona, El Viejo Topo.

- (2008b) «Los supermercados y la crisis alimentaria mundial» en AAVV *Introducción a la crisis alimentaria global*, Barcelona, Campaña No te comas el mundo, pp. 59-60.